

porcelana; era delgado y pequeño, de una mirada penetrante y de cierta malicia burlona en la fisonomía. Nativo de Guadalajara, é hijo de una familia opulenta y distinguidísima, dió á conocer sus claros talentos; escribió sobre la historia de Roma, con erudición bastísima; brilló en el foro; en las Cortes españolas se señaló entre los oradores más eminentes en 1813, defendió los derechos y prerrogativas de las colonias frente al trono con extraordinario valor y sabiduría.

El foro, la tribuna, la prensa, fueron órganos de sus talentos admirables; fué honra de las letras, se sirvió de la diplomacia para honra de su país, y en las crisis difíciles su valor civil mantenía la entereza del Gobierno y daba solución benéfica á las mayores dificultades.

En su trato íntimo, Cañedo era amabilísimo, y el chiste y la sátira aguda y delicada eran armas de que se servía felizmente, en la sociedad familiar y hasta en el parlamento.

Se cuenta que como Ministro de Victoria, se le obligó á asistir el jueves santo á la comunión, que era uno de los deberes oficiales; Cañedo se acercó al comulgatorio, y al brindarle el sacerdote con la hostia y el vino, le dijo con toda formalidad: «No lo acostumbro, pase Ud. adelante;» urgiéndole otra vez, como Ministro, para que se presentase en la Cámara el Ministro de Hacienda, lo que no era conveniente en el estado en que se encontraba el tesoro, que creía el diputado de oposición que estaba en escandalosa abundancia,

desatendiéndose gastos muy preferentes, dijo con mucha frescura: «El señor Ministro de Hacienda se presentaría; pero se ocupa en estos momentos en muy serios estudios sobre el vacío.»

La fama de los chistes de Cañedo levantando en torno de su nombre gran popularidad, robaron mucho á su reputación merecida como jurisconsulto, sabio orador eminente y escritor galano y correcto.

Esta es la suerte reservada á hombres que tienen la unción de la gracia; así sucedió á Quevedo en España, así al notabilísimo Lic. D. Joaquín Cardoso y lo mismo al inmortal Ignacio Ramírez, llamado el Nigromante.

#### Marzo de 1850.

Despertó el día como despertamos después de una horrible pesadilla, el siguiente al asesinato del Sr. Cañedo. La luz parecía como vestida de luto, el sol tenía un amarillo de cadáver.

El aire corría como por avenidas heladas que se engrosaban y tomaban fuerza con otras corrientes que empujaba el Sur. Poco á poco el aire arreciaba. Las cortinas de los balcones, aunque enrolladas, se azotaban á las paredes, los vestidos talaes se adelantaban arrastrando á sus dueños, volaban los sombreros; en lo alto se arremolinaban piezas de ropa de las suspendidas en los tendedores de las azoteas, abriendo sus brazos las camisas y danzando grotescas, enaguas y cal-



zoncillos. De pronto, y de una manera inesperada é impetuosisima, rugió desencadenado el huracán.

Las puertas y ventanas se abrían y cerraban con estrépito, caían rompiéndose ruidosamente los faroles del alumbrado y las vidrieras de puertas y balcones, los transeuntes se arrimaban á las paredes, los ancianos se apoyaban infirmes en sus bastones y los niños espantados abrazaban las piernas de sus padres, bamboleaban las cajas de los coches como las cabezas de los muy ebrios.

Las campanas de todas las iglesias tocaban rogativa, remedando quejidos de angustia indescriptible.

Dominando el sordo clamor de la multitud, corrió la palabra *fuego* de boca en boca y la avenida humana se precipitó al Occidente de la Ciudad, á la calle del Sapo, donde en una herrería estalló el incendio furibundo.

La policía y parte de las tropas acudieron al lugar del siniestro, con el estrépito y la gritería del desorden.

Formóse como cerco, se reventaron fuentes y cañerías, se obligó á los circunstantes, sin distinción de sexos ni edades, á que acarreasen agua. Caían derribadas por cientos de zapapicos las paredes vecinas, llenando con sus escombros el suelo inundado por los que acarreaban el agua.

Pero la invasión del incendio había sido instantánea, incontenible y aterradora. El techo de tejamanil de la herrería, que era extensísimo, se volvió un mar de llamas, y el aire furioso arrebatando los pedazos de

techo á medio arder, los esparcía á grandes distancias, como si legiones de demonios propagasen el azote del cielo.

Entonces había muchas casas, establecimientos y jacales con techos de tejamanil, así es que en la dirección que corría un fragmento de techo encendido, volaba la gente gritando despavorida; ¡quemazón! ¡quemazón! ¡Jesús nos ampare! ¡fuego! ¡fuego! hasta apoderarse el pánico de la ciudad en toda su extensión y formar gritos, carreras, rezos y clamores de campanas, con indecible delirio.

El incendio que convirtió la herrería del Sapo en gigantesca hoguera, se comunicó al teatro de Nuevo México, que ardió retronando de un modo terrible.

Las casas de las vecindades se desocupaban á toda prisa, rodando muebles y colchones por todas partes y aprehendiéndose con escándalo los mil ladrones que ejercían su profesión.

Cerca del teatro de Nuevo México existía una pensión de caballos que se incendió. Los cuadrúpedos, al verse envueltos por las llamas que á grandes distancias extendían sus olas inmensas, se esforzaron por arrancarse de sus argollas y se retorcieron, no ya bufando, sino como lanzando gemidos humanos hasta achicharrarse y quedar sus pieles tostadas y sus carnes despedazadas hasta descubrir en trechos sus esqueletos.

No se apaciguaban ni el trajín ni el terror de los estragos espantosos del voraz incendio, cuando se levantó como explosión de volcán una poderosa dispersión



de llamas en la plaza de toros, situada en la calle de la Mariscalá. Entonces el frenesí llegó á su colmo. Cada chispa que volaba en los aires se creía conductora de la destrucción y mucha gente, fuera de sí, abandonaba sus casas dejándolas ábiertas, huyendo y dando gritos por las garitas.

.....

Agosto de 1850.

—¿Quién es ese caballero tan pulcro, tan distinguido, que sirve á las señoritas y está al principio de la mesa?

Esto preguntaba yo á cierto amigo en un convite que daba el Sr. D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle.

—Ese caballero es D. Matías de la Peña y Barragán, sobrino del Presidente de la República.

Fijéme en el individuo objeto de mi curiosidad, y era un hombre como de treinta á treinta y cinco años, blanco, carirredondo y de un cutis liso y sedoso como el de una doncella. Vestía, aunque elegantemente, pero sin afectación, y sus manos pequeñas y cuidadosamente aseadas, revelaban una persona verdaderamente distinguida. D. Matías gesticulaba cerrando sus ojos pequeños y vivaces, por su falta de vista ó por manía.

—¿Y sabe Ud. algo de la familia de ese joven?

—Sé por unas parientas suyas ancianas y de *muchos papeles*, como suele decirse, que descenden de

altísima nobleza, nada menos que de personajes que figuraron en la edad media, en el trono de Jerusalén, con los nombres de Lino ó Licio y D<sup>a</sup> Berengueta, después condes de Brena.

—¿Y de dónde eran los padres de ese señor?

—El padre de D. Matías era español, residió muchos años en Guayaquil, donde casó, y dueño de una inmensa fortuna vino á México con sus hijos Matías y Angel, en 1823, y aquí acreció extraordinariamente sus bienes en el comercio. Pero el año de 1828 sufrió, como otros españoles, la expulsión del país donde Angel y Matías recibieron su educación.

—¿Y los demás hijos del Sr. Peña?

—Pancho y Pepita nacieron en Acapulco, Ignacio, Manuel y Juan en México.

Tales fueron mi conocimiento y mis primeras impresiones respecto del Sr. Peña. Supe después que por los años de 1834 ó 35 vino de París D. Matías y sus hermanos y establecieron una gran casa de comisiones en la calle de la Palma, donde ganaron mucho dinero. A poco de arribar D. Matías á México, casó con una señorita de la muy distinguida familia del Sr. Lic. Azcárate, familia á que pertenecía también el Sr. D. Manuel Gómez Pedraza. De este enlace nació Manuela Peña, esposa de D. Alfredo Bablot.

Andando los tiempos, como diré en su lugar, ingresó á la familia el Gral. Bazaine. Como decía antes, por los años de 35 ó 36 la casa de comercio de los hermanos Peña se encontraba en todo su auge; jóvenes,



elegantísimos y manirroto para darse buen trato y obsequiar á sus amigos, la casa esa un festín perpetuo, la mesa espléndidamente servida refrendaba mañana, tarde y noche á los convidados, y la tertulia, el baile y el proyecto de paseo, se disputaban la preferencia para solaz de los dueños de la casa y los convidados.

Los hermanos menores de D. Matías, valientes cavalleros de buen tono y muy galantes con las damas, se hicieron notables y eran recibidos con aplauso en todas partes, contrayendo las mejores relaciones.

El Presidente D. Miguel Barragán, tío de D. Matías, lo hizo Coronel y entró en el ejército haciendo papel importante en varias comisiones honrosísimas, en la campaña de Yucatán, en la del Molino del Rey, no teniendo nada que obscureciese su carrera más que el pronunciamiento de los polkos, que fué el doloroso remordimiento de sus últimos días.

Este personaje fué quien murió en Jalapa y cuya pérdida me fué extraordinariamente sensible, por las santas cualidades que revestían á este hombre, á quien presenta la historia las más veces con injusticia.

---

Figuraos una casa alegrísima en que la tierra y el aire campeaban libremente, con su patio amplio y enlosado, sus corredores con pájaros, naranjos y muchas macetas con flores. Niños contentos corriendo por todas partes, criados listos y aseados.

A la entrada de las piezas, el gabinete del letrado

con sus elegantes sillones, sus extensos libreros de caoba y su mesa escritorio con los más preciosos útiles del pendolista y del dibujante entendido.

Al lado opuesto al salón, se percibía el comedor al través del gran tabique de cristales, con su extensísima mesa y aparadores llenos de loza y cristal.

El comedor era un depósito de viandas exquisitas, de vinos riquísimos y de todo lo que puede provocar el apetito y de tener de más seductor el capricho gastronómico y la gula.

Así era la casa de Otero. Sus placeres los encerraba en agasajar á sus amigos, á quienes amaba con ternura.

Franco hasta rayar en el despilfarro, la caridad y las necesidades del hogar compartían las creces de su fortuna.

Su familia era distinguida y bien acomodada; pero su padre que era, si mal no recuerdo, un médico denota, murió cuando Otero, nacido en 1817, estaba en el colegio. Vino á pobreza extrema; pero su maestro, que fué D. Crispiniano del Castillo, jurisconsulto eminente, conocedor de sus talentos le dispensó generosa protección, fomentó sus estudios y le llevó á su lado.

Otero tenía mil trabajos para vivir, se ayudaba escribiendo y haciendo planos, en que era entendido; un compañero de corta fortuna le recomendó con un empresario de teatros para que copiara los papeles de los actores, porque tenía muy clara y muy buena letra española.



Entonces en Guadalajara se acostumbraba en los avisos de las funciones teatrales dar idea de la obra anunciada, acompañándola de algunas palabras de juicio crítico.

Otero se ofreció para este nuevo trabajo, donde luego mostró tanta capacidad, tal competencia de juicio, tan escogida erudición y tan acabado buen gusto, que á poco se buscaban los avisos como piezas literarias, saliendo á luz con merecido aplauso. Esta circunstancia y una comisión que recibió del Sr. D. Manuel Escandón para levantar como ingeniero unos planos en la costa, le hicieron notable, y divulgó su fama la oración cívica que se le encomendó en tiempo del Gral. Paredes, Gobernador de Guadalajara, que le valió el cariño y la amistad de D. Manuel Gómez Pedraza y le abrieron las puertas de la Representación Nacional. En sus días de pobreza y de prueba, había recibido Otero favores y distinciones de personas ilustres, á quienes pagó con un amor profundo, con veneración y culto por sus talentos y virtudes.

El Lic. Ignacio Vergara, el Dr. Tamés, Jesús López Portillo, el padre D. Jesús Ortiz, D. Joaquín Angulo, eran personas de su fanática admiración, así como era panegirista vehemente de los hombres notables de otro tiempo, como el Dr. Maldonado, Prisciliano Sánchez y otros sabios y patriotas.

Otero casó muy joven con una Srita. Andrea Arce, de bellissimo carácter, bien amorosa y risueña que cifraba su contento en dar gusto y en ver alegre á su marido.

Al venir los consortes á México, no cambiaron sus costumbres, y el amor á Guadalajara no conoció límites.

Retratos perfectísimos de Tonalá en la sala, *equipales* en los corredores, figura de *chinas* y de *bagres*.

Se veían en el comedor panelas y *asaderas*, cecina y banquitos (*sic*) con mezcal de Tequila ó del famoso de Romero Gil.

En la comida no faltaban botellones y preciosos jarros de Guadalajara, en que siempre se servía agua muy fría destilada, se guisaba el sabroso frijol garbancillo y nunca faltaban los celebérrimos calabazates plateados y dorados, placer de la vista y delicia del paladar. Por supuesto que toda esta riqueza nacional se mezclaba con tino y oportunidad á las galas de la cocina europea, como lo requería la posición del gastrónomo dueño de la casa. La tertulia la animaban á prima noche, con excepción de domingos y fiestas de guardar, que eran de pleno holgorio, personas en su mayoría muy notables, como Comonfort, Yáñez, Joaquín Navarro, Joaquín Cardoso, Domingo Ibarra, Lafragua, González de Mendoza, etc.

El Sr. Pedraza hacía sus visitas muy de mañana, de calzonera y sombrero de jipijapa, al terminar su paseo á caballo.

¡Oh y cómo viven en mi alma los recuerdos de aquella casa! ¡Oh y cómo se impregna de frescor y bondad el corazón con el espectáculo de una familia venturosa porque el amor la alienta, la concordia la estrecha á su seno y las virtudes la hacen florecer!



Como al través de una claridad triste pero dulce y bella, pasan en mi mente aquellos recuerdos y repiten como misterioso fonógrafo las sentencias de Yáñez, los epigramas agudísimos de Cardoso, la voz apacible de Comonfort, en canto de los niños en los cuentos, y de los ancianos en sus reminiscencias del pasado.

La tertulia generalmente era de broma, de juegos de colegiales, porque esos hombres graves en sus solaces, ajustaban para el campo partidos de pelota y de bolos, juegos de barra, guerra de manzanas, etc.

Otero era al extremo olvidadizo de la compostura: su señora le mandaba hacer vestidos, las más veces injuriosos á la moda, levitones llenos de arrugas, chalecos amarillos, pantalones *del otro jueves*.

Muy grueso y de alta talla, andaba desgarbado y bo-beando con indolencia. Si veía al paso fruta ó dulce que le gustase, lo compraba y comía en la calle; tardaba á veces tres y cuatro horas en ir admirando en las calles de Plateros lienzos, gorros, muñecos y juguetes con gran placer, oyendo las cajas de música, siguiendo los movimientos de un autómeta. Volvía á su casa cargado de golosinas y juguetes á recrearse con el júbilo y las sorpresas de sus hijos.

Una tarde de 1850, y en los días en que la epidemia del cólera invadía barrios y gente infeliz, volvía Otero de una comisión del Senado, relativa á la deuda pública.

Volvía como siempre contento, y sus hijos corrieron á recibirle; de pronto sintió alguna molestia y se reti-

ró á las piezas interiores. A poco gritó: tengo el cólera y me muero: que llamen al Padre León.

México entero se conmovió con la noticia del peligro del orador insigne. El mal avanzó con rapidez suma. La sala en que agonizaba Otero fué invadida por personas de todas clases de la sociedad. El lecho del moribundo estaba rodeado de sus amigos, que trémulos de angustia veían que se extinguía sin remedio.

La esposa del grande hombre y sus hijos que le acariciaban, desgarraban el corazón.

Pocas horas duró la agonía del jalisciense ilustre, quien falleció á los treinta y tres años.

Se rompió con su sepulcro la copa de sus días, llena de glorias y de esperanzas.

Los tertulianos de la casa de Otero teníamos una vez á la semana una comida en los altos del café de Veroly, en que había una fonda perfectamente servida. En esas comidas había muchas veces las expansiones más íntimas, y á la luz de la confianza solían presentarse al desnudo los caracteres de algunos concurrentes.

Comonfort refería las pobreza de su primera edad, cuando le admitieron como *Berrendo* en un colegio de Puebla. Llamábanse berrendos cierta especie de colegiales á quienes se daba educación gratuita en cambio de fungir como sirvientes distinguidos. El trato que sufrían aquellos infelices era inicuo: el hambre perpetua; un fideo perdido en un océano de agua grasosa . . . costaba sudores; garbanzos de gutapercha, piltrafas anóni-



mas, y á pesar de esto, Comonfort sufría impasible, auxiliaba á sus famélicos compañeros y los defendía de la crueldad de sus superiores; así es que se hizo amar y se distinguió en el colegio. Abandonó éste por sus circunstancias; permaneció en el campo y en otros destinos, y yo le conocí como Prefecto de Tlalnepantla, empleo en que fué inteligente, pródigo y benéfico.

En Tlalnepantla contrajo relación con el Sr. Gómez Pedraza, quien, conocedor de su mérito, le dispensó su amistad y favor. Después le nombró Administrador de la Aduana de Acapulco, puesto que desempeñó con honradez é inteligencia, estrechando sus relaciones con el Gral. Alvarez, quien lo amaba como á su hijo.

Era Comonfort diestrísimo jinete y muy notable en el manejo de las armas.

Hombre naturalmente dulce, pacífico y de educación la más pulcra y delicada, parecía nacido para el cultivo de los inocentes goces domésticos.

La pasión profunda y la veneración por la señora á quien llamaba madre, hacían que la acompañase frecuentemente, creando en él el hábito de tratar con señoras ancianas, mimar y condescender con los niños y ser un tesoro para las intimidades de familia.

Ya arreglaba los tirantes de un papelote, ya competía en el trompo con otros chicuelos, ya se lucía en la polla ó la tuta, hablaba con las pollas de bailes y de modas, daba su voto en confecciones de guisos y postres y oía los cuentos y los milagros, con atención sostenida.

Su transformación era realmente increíble al entrar en discusiones sobre gobierno, sobre materia hacendaria y asuntos de guerra.

Entonces se descubría al hombre perspicaz, al patriota ardiente; pero al hombre de principios infirmes, al que no podía desprenderse de la educación mística y disimulada del poblano de su época; en una palabra, el vaivén del moderado, el zig zag del conciliador, el tira y alloja de los que quieren un medio sí y un medio no, como decía Ocampo.

La transformación de Comonfort era más notable en el trato con altos personajes y enviados diplomáticos; entonces parece que había pasado su vida entera en los centros de la etiqueta más refinada. No faltaba á ninguna de las fórmulas, parecía habituado á la vida de los grandes salones y los regios banquetes.

Pero donde totalmente se desconocía á Comonfort, era en el campo de batalla; allí se le admiraba previsivo, se veía astuto, activísimo, y sobre todo, de una serenidad imponente y tranquila cuando rugían á su alrededor las balas y temblaba el suelo sembrado de cadáveres por el tumulto de la lucha. Así se le vió al frente de Puebla, en Ocotlán y en la estrecha calle del Puente de San Francisco, al frente de la batería de la Acordada, mandada por el valiente Miramón.

Entre los amigos de Otero había un Sr. Lic. D. Manuel Rioseco, su paisano, cuya singularidad de carác-



ter me impresionó hondamente y á quien quise de una manera entrañable.

Una tarde del mes de Septiembre, por los años de 49, tocó las manos Otero en el patio de mi casa, calle de Corpus Christi núm. 2, como lo tenía de costumbre, para que bajase y saliésemos á paseo; éste no fué á pie como todos los días, sino que en la puerta esperaba un coche de sitio y dentro de él, inmóvil como una estatua se hallaba un hombre muy flaco y cuellilargo, el pecho y los brazos como de madera, muy blanco, una fisonomía arrojada y agresiva como la de un animal de presa, ojos pequeños y hundidos, nariz aguda, con el pico hacia abajo y boca recogida como á propósito para lanzar un escupitajo ó una desvergüenza. Medio envolvía á este poco simpático personaje un barragán verde caído á la mitad del cuerpo y envolviendo la otra mitad los pies del propietario.

Se dijo al cochero que nos llevara á la procesión de la Merced, y en ella, á pesar del bullicio, músicas y cohetes, cortinas y lluvias de flores, arcos de papel, de pañuelos y tápalos, y no obstante el lujo de la procesión con sus niños vestidos de inditos cargando sus huacales, inditas primorosas de *huepillis* bordados, de ramos de flores en las manos, ángeles y santos, compañía de granaderos de escolta con sus respectivos escapularios, oficiales y soldados, lluvias de versos, tráfico de vendedores, ruido de cohetes y algazara universal, el personaje de que me ocupo no desplegó los labios.

Otero, después de que vimos la procesión, endilgó al áuriga á la casa núm. 5 de la calle del Hospital Real en que vivía. Descendimos del coche y Otero nos invitó á que bajásemos.

—Nó, dijo Rioseco, que era el nombre del personaje de quien hablamos.

—Yo no bajo y aquí me quedo á dormir y permaneceré encerrado toda la vida hasta que se le antoje á este canalla de cochero.

—Pero ¿qué es esto, qué pasa?

—Que ese bribón de mala fe me ha cogido el capote con la portezuela porque quiere tenerme preso y voy á darle gusto.

—Pero hombre de Dios, esa ha de haber sido una casualidad.

—No hay casualidad que se tenga; este pícaro me ha visto lo payo y quiere darme un chasco.

Con miles de trabajos persuadimos á Rioseco á que se abriese la portezuela y quedase libre con todo y capote.

Sin que nadie lo pudiese detener, fuese Rioseco á su hotel y yo me quedé como burro en maitines.

Otero entonces me impuso de que se trataba de un hombre altamente instruído y bondadoso, pero con arranques tales de bilis y de arrebató, que muchos le creían loco.

Para satisfacernos de quien hablo, de su desatención, nos convidó á comer, y al criado se le olvidó poner el pan en la mesa; guardamos silencio, pero los